

car la más fuerte de las cadenas, y agarrándola á los clavos hincados en los Douvres, fortificó interiormente con ella el dique de maderos y de tablonés, que exteriormente protegía la otra cadena cruzada.

En vez de abrir la salida la acababa de cerrar.

Brillaba aun la fosforescencia, pero iba disminuyendo, porque empezaba á rayar el día. De repente Gilliatt escuchó con gran atención.

XI.

El rompe-olas.

Le pareció oír muy á lo lejos algo débil y confuso.

Las profundidades tienen á ciertas horas gruñido sordo.

Púsose Gilliatt á escuchar por segunda vez. Volvió á oír el lejano ruido y sacudió la cabeza con el ademán del que sabe lo que aquello significa.

Poco después estaba ya al otro extremo del escollo, en la entrada del Este, libre hasta entonces, y clavó á martillazos grandes clavos en el granito de las dos partes de la boca próxima al peñasco el *Hombre*, como antes en la boca de los Douvres.

Las grietas de aquellas peñas estaban todas preparadas y guarnecidas de madera de encina. Como el escollo estaba muy destrozado, tenía muchas hendiduras, y en ellas Gilliatt pudo clavar más clavos que en el basamento de los Douvres.

La fosforescencia se extinguió como un soplo y la reemplazó el crepúsculo, que cada instante era más luminoso.

Gilliatt arrastró maderos, cuerdas y cadenas, y sin cesar un instante en el trabajo, sin distraerse, construyó en la boca del *Hombre*, con tablas fijas horizontalmente y atadas con cables, uno de esos diques de bobadilla que la ciencia ha prohiado y que llama rompe-olas. Los que hayan visto en la Roquaine ó en Guernesey el efecto que producen algunas estacas clavadas en las rocas, comprenderán el poder de aparato tan sencillo. El rompe-olas es la combinación de lo que en Francia se llama espiga con lo que en Inglaterra se llama dick. Los rompe-olas son los caballos de frisa de las fortificaciones contra las tempestades. Solo se puede luchar con el mar sacando partido de la divisibilidad de su fuerza.

El sol, sin embargo, brillaba con gran esplendor. El cielo estaba claro y el mar tranquilo.

Gilliatt apresuraba su trabajo; también él estaba sereno, pero ansioso.

Saltaba de una roca á otra, del dique al almacén y del almacén al dique, y volvía arrastrando como un loco, ya una varenga, ya un burel. Era evidente que Gilliatt se encontraba ante una eventualidad prevista.

Una barra fuerte de hierro le servía de espeque para remover los tablonés. Trabajaba con prontitud, con rapidez, como un ingeniero militar.

La boca del Este era aun más angosta que la del Oeste. Solo tenía cinco ó seis piés de abertura, y esta circunstancia favorecía á Gilliatt. Como era reducido el espacio que fortificaba y cerraba, la armadura podía ser más sencilla y más sólida; así es que tuvo suficiente con tablas horizontales. Cuando colocó las primeras traviesas del rompe-olas se puso encima de ellas y volvió á escuchar.

El gruñido sordo se hacía cada vez más expresivo.

Gilliatt continuó su construcción, apuntalándola con las dos serviolas de la *Duranda*, agarradas al trabazón de las tablas por medio de drizas que pasaban por las tres ruedas de la polea, y lo anudó todo con cadenas.

Gilliatt multiplicaba las ligaduras, añadiendo clavos donde le parecía conveniente. Como tuvo á su disposición mucho hierro redondo del buque naufragado, pudo proveerse de gran cantidad de clavos.

Sin dejar de trabajar mascaba galleta. Tenía sed, pero no podía beber, por carecer absolutamente de agua potable. En la cena de la vispera anterior dejó el barril sin una gota.

Unió otras tres ó cuatro tablas y se encaramó otra vez al dique que acababa de construir. Volvió á escuchar.

El sordo gruñido ya no se oía. Reinaba el silencio. El mar estaba tranquilo y soberbio. El azul oscuro del cielo correspondía al verde oscuro del Océano. El cielo y el Océano eran un zafiro y una esmeralda que podían admirarse mutuamente. No podían reconvenirse el uno al otro. No había una nube arriba ni un copo de espuma abajo, y el sol de Abril dominaba magníficamente todo aquel esplendor.

En lo lejano del horizonte rayaba el cielo larga fila negra de aves de paso.

Volaban de prisa dirigiéndose á la tierra. Parecía que su vuelo era una fuga.

Gilliatt seguía levantando el rompe-olas tan alto como se lo permitía la disposición de las rocas.

Hacia el medio día le pareció que el sol calentaba más de lo que debía. Esa hora es la más crítica del día. Colocado Gilliatt sobre la robusta armazón que acababa de construir, examinó el espacio.

El mar estaba tan tranquilo que parecía un estanque. No divisaba en toda su extensión ni una sola vela. El cielo estaba limpio por todas partes, pero su azul se había convertido en blanco singular. Se distinguía á lo lejos del horizonte una mancha pequeña de mala apariencia, inmóvil en el mismo punto, pero que crecía. Cerca de las rompientes el oleaje se estremecía con suavidad.

Gilliatt fué muy prudente construyendo un rompe-olas.

Se acercaba la tempestad.

El abismo se decidía á dar la batalla.

LIBRO TERCERO

La lucha.

I.

Los extremos se tocan.

Es amenazador el equinoccio cuando se retarda.

Se verifica en el mar un fenómeno feroz, que se podría llamar la llegada de los vientos del golfo.

En todas las estaciones, particularmente en la época de las sicigias, el mar, cuando menos se piensa, queda sumido en una tranquilidad extraña. Apaciguándose su movimiento perpétuo prodigioso, se queda como aletargado; parece que quiera descansar de su fatiga. Las enseñas marítimas, así el cataviento del laud pescador como el gallardete del buque de vela, cuelgan á lo largo de los mástiles. Los pabellones almirantes, reales ó imperiales, duermen. De pronto todos ellos empiezan á moverse.

Aquella es la ocasión á propósito, si hay nubes, para espiar cómo se forman y se acumulan; si es la puesta del sol, para examinar el resplandor del crepúsculo;

si es de noche y brilla la luna, para estudiar los halos.

Ese es el momento en el que el capitán ó jefe de escuadra que posee uno de aquellos *crisales de tempestad*, cuyo inventor es desconocido, debe observar con el microscopio y tomar precauciones contra el viento del Sur, si la mixtura ofrece aspecto de azúcar quemado, y contra el viento del Norte, si la mixtura se deshoja en cristalizaciones parecidas á barrilla ó á palos de abeto. Ese es el momento en que el pobre pescador irlandés ó breton, después de consultar algún gnomon misterioso, grabado por los romanos ó por los diablos en una de las enigmáticas piedras rectas, que se llaman en Bretaña *menhir* y en Irlanda *cruach*, saca del agua la barca.

La serenidad del cielo y del Océano continúan, sin embargo. La mañana se levanta espléndida y la aurora sonríe; esto llenaba de horror religioso á los antiguos adivinos, á los que al parecer espantaba la hipocresía del sol.

La sombría visión de lo sombrío latente está interceptada para el hombre por la opacidad fatal de las cosas: el más temible y el más pérfido de los aspectos es la máscara del abismo.

Como se dice: La anguila bajo la roca, debía decirse: La tempestad bajo la calma.

A veces transcurren horas y días en esta expectativa, y los pilotos asestan sus anteojos en todas direcciones, y la fisonomía de los marinos envejecidos en el mar adquiere el aire severo de la cólera que se apresta al combate.

De repente se oye en el aire grande, confuso y misterioso murmullo. Nada se vé. La extensión permanece impasible.

Sin embargo, el murmullo crece, aumenta y se eleva. El diálogo se acentúa.

Hay alguien detrás del horizonte; este alguien terrible es el viento.

El viento, es decir, el populacho de las tinieblas, que llamamos huracanes, la inmensa canalla de la oscuridad.

La India los llama los Marouts, la Judea los Queribines, la Grecia los Aquilones. Son las invisibles aves de rapina del infinito.

II.

Los vientos del golfo.

De dónde vienen? De lo inconmensurable. Sus envergaduras necesitan

el diámetro del abismo. Sus alas desmedidas necesitan el espacio indefinido de las soledades, las inmensidades azules del Atlántico y del Pacífico. Por ellas vuelan á bandadas. En alta mar son feroces. Premeditan los desastres. Su trabajo consiste en la hinchazon efímera y en la hinchazon eterna de las olas. Se ignora lo que pueden y se desconoce lo que quieren; son las esfinges del abismo. En la oscuridad de la extension que siempre se agita aparecen sus rostros nebulosos. El que percibe sus lineamientos lívidos se siente ante la fuerza irreducible. Parece que la inteligencia humana les inquiete y que deseen devorarla. La inteligencia es invencible, pero el elemento es inexpugnable. El soplo se transforma en maza, pero luego vuelve á ser otra vez soplo. Los vientos combaten devastando y se defienden desvaneciéndose. Su salto diverso está lleno de repercusiones que desconciertan. Tan pronto huyen como atacan. Son impalpables y tenaces. Ejercen la dictadura del caos, que es suyo. Qué hacen de él? Algo implacable.

El antro de los vientos es más monstruoso que la cueva de los leones. Son innumerables los cadáveres que caen bajo sus pliegues sin fondo. Se les oye siempre y ellos no escuchan. Cometan actos que parecen crímenes. No se sabe contra quién arrojan las blancas moles de espuma. La impía ferocidad con que causan los naufragios parece que sea un insulto á la Providencia, parece que escupan á Dios. Son los tiranos de los lugares desconocidos. Los torbellinos alternan en sentido inverso, pateando con repugnante danza sobre el líquido elemento. La nube demasiado pesada se rasga por la mitad y cae al mar hecha pedazos. Otras nubes de color de púrpura relampaguean y truenan; luego se oscurecen lúgubrementemente; la nube que ha vaciado el rayo se ennegrece como un áscua que se apaga. Aquí se vé una fragua que llueve, más allá una ola que desprende una llama. Las blancuras del mar cuando cae el aguacero esclarecen lontananzas sorprendentes. Inmensos fosos ahuecan las nubes. Los vapores giran, las olas saltan, las náyades ruedan ébrias; á lo lejos el mar, macizo y blando á la vez, se mueve sin variar de sitio; todo se vé lívido, y de esa palidez salen gritos desesperados.

El rumor se convierte en tumulto y las olas pequeñas se agigantan. En el horizonte hay superposicion confusa de

oleadas oscilantes que murmuran en voz baja; saltan en él de un modo extraño restos fracasados. Sobrevienen bocanadas de aire frio y despues bocanadas de aire caliente. La trepidacion del mar anuncia un espanto que se extiende á todo lo que alcanza la vista. De repente el huracán acude como una fiera á beber en el Océano; por succion inaudita el agua sube hácia la boca invisible, se forma una ventosa, el tumor se hincha; es el sifon, es la manga, es la tromba marina, estalactita arriba, estalacmita abajo, doble cono inverso y giratorio; una punta en equilibrio sobre la otra; el beso de dos montañas, una de espuma que se levanta y otra de nube que desciende; espantoso coito de la ola y de la sombra. La tromba marina, como la columna de la Biblia, es tenebrosa de dia y luminosa de noche. Ante ella el trueno calla como si tuviese miedo.

La vasta perturbacion de las soledades tiene su diapason, tiene su temible crescendo: el chubasco, la ráfaga, la borrasca, el temporal, la tormenta, la tempestad, la tromba, las siete cuerdas de la lira de los vientos, las siete notas del abismo. El cielo es un plano, el mar es una esfera; pasa el viento y su fúria todo lo transfigura y mezcla. En sitios como en el que se encontraba Gilliatt los vientos corren, vuelan, se abaten, terminan, vuelven á empezar, se ciernen, silban, rugen, rien; frenéticos, lascivos y desenfrenados, juegan caprichosamente con las olas irascibles. Soplan en la nube como en una trompeta; soplan en el espacio y cantan en el infinito con las voces amalgamadas de los clarines, de las bocinas, de los clarinetes y de los trompones una especie de tocata digna de Prometeo. Quien los oye cree escuchar al dios Pan. Fragan en las soledades sus batidas contra los buques, sin tregua, dia y noche, en todas las estaciones, así en el trópico como en el polo; hacen resonar su trompa loca y arrastran por las encrucijadas de la nube y de la ola su caza mayor, que son los naufragos. Hacen junto á las rocas aullar á sus perros, que son las olas; combinan las nubes y las descomponen. Petrifican la liquidez inmensa del agua. El agua es ligera y es incompresible. Se desliza á la menor presion ó al menor esfuerzo. Empujándola por un lado se escapa por el otro. Así se convierte en ola, y en esta conversion consiste su libertad.

III.

Explicacion del murmullo que oia Gilliatt.

La gran venida de los vientos hácia tierra se verifica en los equinoccios, en cuya época se equilibra la balanza del trópico y la del polo, y la colosal marea atmosférica vierte el flujo sobre un hemisferio y el reflujo sobre el otro. Hay constelaciones que significan dichos fenómenos; éstas son la Balanza y el Acuario.

Esa es la hora de las tempestades. El mar espera y calla.

Algunas veces el cielo presenta mal cariz, está pálido y como velado. Los marineros le miran entonces con ansiedad. Pero temen más su apariencia alegre. El cielo risueño en el equinoccio es indicio seguro de tempestad.

Cuando la tempestad vernal tarda en llegar, es porque está acumulando el mayor número de fuerzas; atesora para la devastacion. Desconfiad de sus tardanzas.

Cuando la tempestad se retarda mucho, el mar solo manifiesta su impaciencia por medio de mayor calma. Solo se revela la tension magnética por lo que pudiera llamarse la inflamacion del agua. Salen del mar resplandores, aire eléctrico y agua fosfórica. Los marineros están cansados y como molidos.

Para los que conocen el mar, este aspecto es extraño. Diríase que desea y teme la llegada del huracán.

Una tempestad es una conspiracion. La antigua mitología entreveia sus personalidades indistintas mezcladas en la inmensa y difusa naturaleza. Eolo se pone de acuerdo con Bóreas. La buena inteligencia de los dos elementos es necesaria. Se distribuyen la tarea. Se ha de impulsar á las olas, á las nubes y á los efluvios; la noche es un auxiliar importante, y es menester contar con ella. Hay que desviar brújulas, extinguir faros, ocultar faros y apagar estrellas. Se necesita la cooperacion del mar. El murmullo precede á todas las tempestades. Se oye en la lontananza del horizonte el cuchicheo preliminar de los huracanes que domina el temeroso silencio del mar.

Este cuchicheo temible es el que oyó Gilliatt. La fosforescencia le dió el primer aviso y el murmullo lejano el segundo.

Si el demonio Legion existe, este demonio es indudablemente el viento. El

aire es uno, pero el viento es múltiple. Consecuencia: todas las tempestades son mixtas. La unidad del aire así lo exige.

En la tempestad está complicado todo el abismo. El Océano entero está en una borrasca. La totalidad de sus fuerzas entra en juego y toma parte. Las olas son el abismo de abajo; los soplos son el abismo de arriba. Habérselas con una tormenta, es habérselas á la vez con todo el mar y con todo el cielo. Messier, el hombre célebre de la marina, el notable astrónomo, decia: *El viento de todas partes está en todas partes*. Decia tambien: *Todas las lluvias vienen del trópico y todos los rayos del polo*.

Efectivamente, el viento se satura de electricidad en la interseccion de los coluros, que marca las extremidades del eje, y se satura de agua en el Ecuador, trayéndonos de la línea el líquido y de los polos el flúido. Ubicuidad, esto es el viento.

No queremos por esto decir que no existen las zonas ventosas. Está demostrado hasta la evidencia que existen esos itinerarios de corrientes continuas, y llegará un dia en que sirvan á la navegacion aérea los aire-buques y en que utilice las líneas principales. La canalizacion del aire por el viento es incontestable: existen rios, arroyos y arroyuelos de viento, aunque las ramificaciones del aire se forman al contrario que las ramificaciones del agua, pues en el aire los arroyuelos proceden de los arroyos y los arroyos de los rios, en lugar de parar aquellos en éstos, de lo que resulta, en vez de la concentracion, la dispersion. Esta dispersion es la que forma la solidaridad de los vientos y la unidad de la atmósfera. Una molécula fuera de su sitio hace salir de él á la otra. Todo el viento se mueve al mismo tiempo. A estas profundas causas de amalgama hay que añadir el relieve del globo, que taladra la atmósfera con todas sus montañas, que hace nudos y porciones en las carreras del viento y que determina contra-corrientes en todos los sentidos.

El fenómeno del viento es la oscilacion de dos océanos, uno sobre otro; el océano de aire, superpuesto al océano de agua, se apoya en base tan fugitiva y participa de sus temblores y oscilaciones. Las islas de la Mancha experimentan la impulsacion del Cabo de Buena Esperanza.

IV.

Turba, turma.

Para el compás solo existen treinta y dos vientos, es decir, treinta y dos direcciones; pero estas direcciones se subdividen indefinidamente. El viento, si se clasifica por direcciones, es incalculable; si se clasifica por especies, es el infinito. Ante esta enumeración retrocedería Homero.

La corriente polar choca con la corriente tropical. Hé aquí el frío y el calor combinados. El equilibrio empieza por el choque; de éste sale la ola de los vientos, hinchada, desparramada y desmenuzada en todos sentidos en feroces corrientes. La dispersión de los soplos sacude hacia los cuatro ángulos del horizonte la melena prodigiosa y enmarañada del aire.

Allí están todos los rumbos: el viento Gulf-Stram, que tanta bruma lanza sobre Terranova; el viento del Perú, región del cielo mudo, donde nunca el hombre ha oído tronar; el viento de la Nueva Escocia, en el que agita sus alas el Gran Auk; los torbellinos de Hierro de los mares de la China; el viento de Mozambique, que sacude las pamgayas y los juncos; el viento eléctrico del Japon; el viento de Africa, que habita en la montaña de la Tabla; el viento del Ecuador, que pasa por encima de los vientos aliciosos y que traza una parábola cuya cumbre mira siempre hacia el Oeste; el viento plutónico, que sale de los cráteres y es soplo de llamas; el extraño viento del volcán Awa, que hace salir del Norte una nube de color de aceituna; el viento de Java, contra el cual se han construido las fortalezas llamadas *casas de huracán*; la tramontana, que forma encrucijadas; los chubascos arqueados del Estrecho de Magallanes; el poderoso viento del Suroeste, que llaman Paupero en Chile y Rebojo en Buenos-Aires, que se lleva el condor á alta mar y le salva de la fosa que le aguarda bajo una piel de buey recién degollado; el viento químico, que, según dice Lemery, forma en la nube piedras de trueno; el harmatán de los cafres; el arroja-nieve polar, que se unce á los tímpanos eternos y los arrastra; el viento del golfo de Bengala, que vá hasta Nijui-Novogorod á saquear el triángulo de barracas de madera donde se celebra la feria de Asia; el viento de las cordilleras, que agita las grandes olas y los grandes bosques;

el viento de los archipiélagos de Australia, donde los cazadores de miel ahuyentan los enjambres de abejas salvajes que se ocultan bajo las ramas del eucaliptus gigantesco; el siroco, el mistral, el aquilon, los vientos de sequía, los vientos de inundación, los diluvianos, los tórridos, los que arrojan á las calles de Génova el polvo de las llanuras del Brasil, los que obedecen á la rotación diurna, los que la contrarian, los que van apareados y puestos de acuerdo para atropellarlo todo, deshaciendo uno lo que hace el otro; los antiguos vientos que atacaron á Cristóbal Colón en la costa de Veragua; los que por espacio de cuarenta días, desde el 21 de Octubre al 28 de Noviembre de 1520, pusieron en un brete á Magallanes al abordar el Pacífico, y los que desmantelaron la armada invencible soplando contra la escuadra de Felipe II. Hay más vientos aun, pero cómo enumerarlos todos? Hay vientos portadores de sapos y de langostas, que lanzan nubes de animales por encima del Océano; los hay que operan lo que se llama "el salto del viento", cuya operación consiste en rematar á los naufragos; los hay que de una sola bocanada dislocan el cargamento de un buque y le obligan á continuar inclinado su camino; los pesados vientos ciegos, entumecidos por la lluvia; los vientos del granizo; los vientos de la calentura; los vientos que ponen en ebullición las minas de azufre de Calabria; los que hacen centellear el pelo de las panteras de Africa al recorrer las malezas del Cabo de Hierro; los que llegan sacudiendo fuera de la nube, como una especie de lengua de trigonocéfalo (1), el espantoso rayo ahorquillado; los que traen nieves negras. Tal es el ejército de los vientos. Desde el escollo Douvres, construyendo Gilliatt su rompe-olas, oía de aquella muchedumbre armada el galope lejano.

La horda llegaba entera.

V.

Gilliatt puede optar.

Las misteriosas fuerzas escogieron el momento oportuno. El azar, si existe, es hábil.

Mientras el barco permanecía en la rada del *Hombre* y la máquina estuvo encajonada en el buque naufragado, Gilliatt

(1) Género de serpientes venenosas, cuyas especies son especialmente americanas.

era inespugnable. El barco estaba seguro y la máquina resguardada; los Douvres, apoderados de ella, la condenaban á lenta destrucción, pero la protegían contra cualquier sorpresa. En todos los casos le quedaba á Gilliatt el recurso de que si la máquina se destruía, no se destruía él. Tenía siempre su barco para salvarse.

Pero era tenderle inícuo lazo esperar que su buque saliera del fondeadero, donde era inaccesible, dejarle penetrar en el desfiladero de los Douvres, no hostilizarle hasta verle dentro del escollo, permitir á Gilliatt llevar á cabo el salvamento, el arrastre y trasbordo de la máquina, sin oponerse á su maravilloso trabajo. Tal fué la sombría perfidia del abismo.

Entonces la máquina y el barco de Gilliatt se habían reunido en el desfiladero de los peñascos y formaban un solo conjunto. Estrellar el barco contra el escollo, lanzar á pique la máquina y ahogar á Gilliatt, era cuestión de un esfuerzo único sobre un punto determinado. Podía ejecutarse todo á la vez y sin dispersión: la tormenta podía aplastarlo todo de un solo golpe.

Era muy crítica la situación de Gilliatt.

La esfinge, evocada por los visionarios en el fondo de la oscuridad, parecía que le presentaba este dilema: quedate ó vete.

Partir era insensatez y quedarse también.

VI.

El combate.

Gilliatt subió á la Douvre mayor.

Desde allí dominaba todo el mar. Por el Oeste ofrecía aspecto sorprendente. Salía de él una gran muralla de nubes, cerrando la extensión de un extremo á otro, ascendiendo con lentitud hacia el cenit. Aquella muralla rectilínea, vertical, sin una grieta, sin un rasguño en parte alguna, parecía construida con escuadra y tirada á cordel. Se asemejaba á una nube de granito. Su escarpe, enteramente perpendicular hacia el Sur, se doblaba algo hacia el Norte, como plancha de hierro combada, y ofrecía á la vista el vago deslizamiento de un plano inclinado. Aquella muralla de bruma se ensanchaba y crecía, sin que su entablamiento dejase un instante de estar paralelo á la línea del horizonte, casi confusa en la oscuridad

progresiva. Aquella nube subía silenciosamente, sin hacer una ondulación, un pliegue ni una prominencia que la desfigurase ó la desconcertase. Era lúgubre aquella inmovilidad ascendiendo. El sol, pálido, detrás de no sé qué transparencia morbosa, iluminaba aquel lineamiento apocalíptico. La nube invadía ya casi la mitad del espacio. Era algo semejante á una montaña de sombra que se elevase entre la tierra y el cielo. Era la ascensión de la noche en pleno día.

El aire daba calor de estufa. Tibia humedad se desprendía de aquella mole misteriosa. El cielo, que antes de azul se había convertido en blanco, ahora de blanco se convertía en pardo; era semejante á una gran pizarra. El mar, empañado y plomizo, se parecía á otra pizarra inmensa.

No había ni un soplo, ni una ola, ni un ruido. El mar estaba desierto en el espacio que abarcaba la vista; no se divisaba ninguna vela por ningún lado. Las aves marítimas se habían escondido. Desde el infinito sin duda comprendían la traición.

La amplitud de aquella enorme sombra crecía insensiblemente.

La movediza montaña de vapores que se dirigía hacia los Douvres era una de las nubes que pudieran llamarse nubes de combate. Nubes bizcas. Al través de sus lineamientos oscuros os mira un extraño estravismo.

La aproximación de la nube era terrible. Gilliatt la examinó detenidamente y dijo para sí:—Tengo sed, tú me darás agua.

Permaneció algunos momentos inmóvil, con la vista clavada en la nube, como si midiera la tempestad.

Sacó la gorra del bolsillo del chaquetón y se la puso. Cogió del agujero que le servía de vivienda la reserva de utensilios; se metió las polainas y se echó á la espalda el capote, como el caballero que se arma al entrar en acción. Sabemos que no tenía zapatos, pero las rocas habían curtido y encallecido sus pies desnudos. Vestido ya con el traje de guerra, examinó el rompe-olas, empuñó resueltamente la cuerda de nudos, descendió de la meseta del Douvres, se puso en pie en las rocas de abajo y corrió al almacén. En seguida se dedicó á trabajar. Qué hacía Gilliatt? Con los clavos, cuerdas y tablones que le quedaban construía en la boca del Este otro dique, de diez á doce pies, detrás del primero.

Continuaba el silencio profundo de la

naturalidad. El sol desapareció de repente; la inmensa nube ascendente acababa de alcanzarle. Sucedió como una extinción del día, al que reemplazó reverberación pálida y dudosa.

La muralla de nube había cambiado de aspecto, no conservaba ya la unidad. Se había fruncido horizontalmente al tocar en el cenit, desde donde pesaba sobre el resto del cielo, dibujando formas extrañas. La formación de la tempestad se insinuaba en ella como en una sección de trinchera, haciendo casi visibles las capas de la lluvia y los depósitos del granizo. No brillaba, pero destellaba espeso resplandor difuso. Se oía en ella la vaga respiración de la tempestad.

Gilliatt contemplaba cómo se agrupaban sobre su cabeza todos aquellos bloques de bruma y cómo iba apareciendo la deformidad de las nubes. Pesaba, extendiéndose por el horizonte, una faja de niebla de color de ceniza y en el cenit una faja de color de plomo; lívidos guiñapos colgaban desde las nubes de arriba sobre las nieblas de abajo. El fondo, que lo constituía la muralla de nubes, era descolorido, térreo, triste, indescriptible. Un nubarrón blanquecino y transversal cortaba oblicuamente del Norte al Sur la alta muralla sombría; una de sus extremidades se arrastraba por el mar: en el punto en que tocaba con la confusión de las olas, se divisaba en la oscuridad una bocanada de vapor rojizo. Debajo de él nubecillas muy bajas y muy negras volaban en sentido contrario unas de otras, como si no supiesen qué hacer. La poderosa nube del fondo crecía por todas partes a un tiempo, aumentaba el eclipse y continuaba su interposición lúgubre. Solo quedaba al Este, detrás de Gilliatt, un pórtico de cielo claro, que iba á cerrarse. Se había formado un techo compacto y negro en el extremo horizonte, que llegaba hasta el mar, y allí se mezclaba con la noche. Se sentía avanzar algo vasto, pesado y feroz. La oscuridad se iba condensando. Súbitamente estalló inmenso trueno.

Hasta Gilliatt se sintió sacudido. Oír aquella realidad brutal en la región visionaria aterra. Parece que se oiga la caída de un mueble en la cámara de los gigantes.

No acompañó al trueno resplandor eléctrico. Fué un trueno negro. Volvió á restablecerse el silencio. Poco después aparecieron uno tras otro y lentamente grandes relámpagos informes, relám-

pagos mudos. Al brillar cada uno de ellos se iluminaba todo. La muralla de nubes se había transformado; tenía ahora bóvedas y arcos; se distinguían en ella siluetas, se esbozaban cabezas monstruosas que tendían los cabellos, y elefantes cargados con torres se entreveían y se desvanecían.

Una columna de bruma, recta, redonda, negra, coronada de un vapor blanco, remedaba la chimenea de un vapor colosal engullido que calentaba la caldera bajo el agua y echaba humo. Ondeaban nubes que parecían banderas desplegadas. En el centro, entre rojizas densidades, se hundía inmóvil un núcleo de niebla densa, inerte, impenetrable á las chispas eléctricas, especie de feto asqueroso en el vientre de la tempestad.

Súbitamente una bocanada de viento desgredió á Gilliatt. Tres ó cuatro arañas grandes de lluvia se estrellaron á su alrededor sobre las rocas. Después rugió un segundo trueno y el viento se levantó.

Habían ya pasado los compases de espera de la tempestad; el primer trueno removió el mar, el segundo hendió de arriba abajo la muralla de la nube, haciéndola un agujero, por el que salió toda el agua que estaba en suspensión; la hendidura se convirtió en boca llena de lluvia, y empezó el vómito de la tormenta.

Aquel momento fué espantoso.

Se desencadenaron á un tiempo todos los monstruos, el aguacero, el huracán, los relámpagos, los rayos, las olas que llegaban hasta las nubes, los truenos, torsiones frenéticas, gritos, rugidos, silbidos, todo al mismo tiempo. El viento soplaba fulminante, la lluvia no caía, se desplomaba.

No podía haber crisis más amenazadora para un pobre hombre comprometido como Gilliatt con un barco cargado entre dos rocas en alta mar. El peligro de la marea, del que logró triunfar, no era nada comparado con el que iba á correr.

Gilliatt, ante el peligro supremo, descubrió una hábil estrategia. Tomó su punto de apoyo en el enemigo mismo; se asoció al escollo; el peñasco Douvres, que antes era su adversario, era ahora su segundo en aquel inmenso duelo; lo tenía á sus órdenes. De su sepulcro hizo una fortaleza. Se almenó tras de aquella formidable mole del mar. Estaba allí bloqueado, pero amurallado. Puede decirse que se recostaba en el escollo, fren-

te á frente del huracán. Había barreado el estrecho por aquella calle de olas, que era lo único que podía hacer. Hizo entrar en razón al Océano, que es un despota, levantando barricadas. El barco por tres partes podía considerarse como seguro: encerrado estrechamente entre las dos fachadas del escollo, se hallaba al Norte abrigado por la Douvre menor, al Sur por la mayor, al Oeste protegido por la trabazón de tablonas, amarrado y clavado á las rocas, que formaban para él una barrera que resistió victoriosamente el rudo flujo de la marea alta, y que era una verdadera puerta de ciudadela, que tenía por jambas y por dintel las mismas columnas del escollo.

Su único peligro estaba por la parte del Este, en la que no tenía más que el rompe-olas. El quebranta-olas solo es un aparato de pulverización, que necesita dos bovedillas, y Gilliatt solo tuvo tiempo para construir una. Estaba construyendo la segunda cuando se le echó encima la tempestad.

Afortunadamente el viento venía del Noroeste, y el Noroeste, que es el antiguo galerno, produce poco efecto en las rocas Douvres. Asaltaba el escollo de través y no arrojaba las olas contra ninguna de las dos bocas del desfiladero, de modo que, en vez de entrar en una calle, se estrellaba contra un muro. La tempestad había atacado mal.

Pero los ataques del viento son traidores, y era de temer alguna virada súbita; si se verificaba por el lado del Este antes de que Gilliatt acabase de construir la segunda bovedilla del rompe-olas, se vería en gran peligro, porque la tempestad invadiría la callejuela de rocas y todo habría terminado para él.

Iba creciendo el atolondramiento de la tempestad. La tormenta hiere con un golpe tras otro, que es lo que le dá fuerza, y que es también su defecto. Su rabia permite á la inteligencia armarse contra ella, y el hombre se defiende arrojando mil dificultades. Su defensa no le permite un momento de descanso, de interrupción ni de tregua. Se vé cobardía en la prodigalidad de lo inagotable, que parece el pulmón de lo infinito que sopla.

La inmensidad en tumulto se arrojaba contra el escollo Douvres. Se oían innumerables voces. En algunos momentos parecía que la tempestad hablaba como si diese alguna voz de mando. Luego se oían clamores, clarines, trepidaciones extrañas y el gran ruido ma-

jestuoso que los marinos llaman *reto del Océano*. Las espirales indefinidas y fugitivas del viento silbaban encrespando las olas, y éstas, convertidas en discos, eran arrojadas contra las rompientes, como gigantescos guijarros por atletas invisibles. Grandes masas de espuma coronaban todas las rocas. Torrentes arriba, babeo abajo. Se redoblaban los mugidos. No hay rumor humano ni bestial que pueda dar idea de los estruendos que se confundían con las dislocaciones del mar. La nube cañoneaba, el granito ametrallaba, la ola escalaba. Algunos puntos parecían inmóviles; en otros el viento corría veinte toesas por segundo. En cuanto la vista podía alcanzar se veía el mar blanco. Se abrían puertas de fuego. Había nubes que parecían incendiadas por las otras, y sobre un cúmulo de áscuas algunos nubarrones negros tenían todas las apariencias de una humareda. Configuraciones flotantes se chocaban y se amalgamaban, desfigurándose recíprocamente. Caía agua incommensurable. Se oían disparos por pelotones en el firmamento. En el centro de la bóveda sombría se recortaba una especie de banasta, de la que caían mezclados el sifon, el granizo, los chubascos, los fuegos fosfóricos, la noche, la luz, los rayos.

Nada de esto llamaba la atención de Gilliatt. Tenía la cabeza inclinada y continuaba trabajando. Empezaba á levantar la segunda bovedilla. A cada trueno contestaba con un martillazo, y su cadencia resonaba en el caos. Estaba con la cabeza descubierta, porque una ráfaga le había arrebatado la gorra de marinero.

Sentía sed horrible; probablemente tendría calentura. A su alrededor se habían hecho algunos charcos en los agujeros de las rocas, de cuya agua bebía con el hueco de la mano; en seguida volvía á su trabajo.

Su salvación dependía de un instante. Sabía lo que le esperaba si no concluía á tiempo el rompe-olas, y no quería perder un minuto en mirar cómo se le acercaba la muerte.

A su alrededor todo estaba trastornado y no cesaba el movimiento ni el estrépito. De vez en cuando parecía que el rayo bajase por una escalera. Los sacudimientos eléctricos se sentían sin cesar en los mismos puntos del escollo, que probablemente tendrían alguna atracción metálica. Caían granizos gordos como el puño, y Gilliatt tuvo que sacu-